

## DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

En la Carta a los hebreos se nos define la fe: «Seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve». La fe, por tanto, no es una opinión, sino una certeza que no se fundamenta en la evidencia de lo que vemos, sino en el testimonio de otro. En definitiva, creemos lo que Dios nos dice porque nos fiamos de Dios.

En la segunda lectura, se nos dice que cuando Dios se revela hay que prestarle la «obediencia de la fe». Y se nos propone el ejemplo de Abrahán, porque creyó, se puso en camino «sin saber adónde iba». Por tanto, la fe no es sólo ni principalmente «saber cosas», sino vivir de acuerdo con lo que Dios nos dice. Creer es cumplir la voluntad de Dios, que es el bien. Caminar en nuestra vida, como hizo Abrahán, de acuerdo con lo que Dios nos va enseñando. Esto es vivir de la fe.

Hoy en día existe una gran tentación: la de vivir como si Dios no existiera. Los tiempos modernos se han emancipado de Dios, y el deslumbramiento del progreso técnico ha hecho soñar con un mundo en el que el Creador no tiene nada que decir. Parece como si a los hombres nos molestara que Dios interviniera en la historia.

En el evangelio de hoy, sin embargo, Jesucristo nos exhorta a lo contrario. Dice que tengo que estar vigilante y preparado. ¿Por qué? ¿Se trata de una amenaza? De ninguna manera. Con este ejemplo me estimula a vivir de la fe. Porque el hombre creyente modela toda su vida según el beneplácito de Dios, y deja que Dios actúe en su vida.

Sabemos que el don de la fe se nos dio con el bautismo. Es una de las virtudes infusas que se nos regala junto con nuestra incorporación a la Iglesia. Pero esa fe ha de ser operativa. Creer significa poner la fe en obras en lo cotidiano. El ejemplo de los criados es ilustrativo. Hacen las cosas bien aunque el amo no esté presente para vigilarlos.

Creer significa también dejar entrar a Dios en mi vida. Es decir, no querer disponerlo todo yo, sino contar con Él a la hora de organizar mi tiempo y mis planes: de decidir a quién visitar, de tomar decisiones profesionales, de organizar la vida de familia, el tiempo libre...

Creer es estar convencido que Dios es el sumo bien, lo más verdadero, la felicidad que desea mi corazón. Me interesa Dios porque me ama, y porque lo que me dice es radicalmente lo mejor para mí, aunque a veces no lo entienda o no lo vea claro. Me interesa Dios porque siempre me perdona, me levanta, me sana, me cura, porque siempre me da esperanza, porque siempre confía en mí.

La fe es escuchar lo que Dios me tiene que decir, es fiarme de Dios. Confiar en que, si le tengo en cuenta, las cosas van a ir mejor porque Él sabe más, y me dejo conducir por Él. Por eso, quien confía en el Señor, no queda nunca defraudado. Es la experiencia de los santos. La experiencia de José y de María.